

pues la dignidad de la baronesa no le permitía otro medio más ingenioso para socorrerla.

Cuando la señora Schinner saludó á la señora de Rouville, ésta, dirigiéndose al conde de Kergarouët, al caballero del Halga, amigo viejo de la difunta condesa de Kergarouët, á Hipólito, á su hija Adelaida, exclamó con toda la gracia de su corazón ingenuo:

—Parece que estamos en familia esta noche.

París, mayo 1832.

LA VENDETTA

DEDICADO A PUTTINATI

ESCULTOR MILANÉS

A fines de octubre de 1800, detúvose frente á las Tullerías de París cierto extranjero, junto con su mujer y una niña de pocos años; permaneció largo tiempo cerca de los escombros de la casa que acababan de demoler en el sitio donde se levanta hoy el ala que debía unir el castillo de Catalina de Médicis con el Louvre de los Valois. De pie, con los brazos cruzados, con la cabeza inclinada por el peso de la meditación, solía levantar de cuando en cuando los ojos para mirar furtivamente al palacio consular y á su mujer, que se había sentado, á pocos pasos, sobre una piedra. No perdía ella ninguna de las miradas de su compañero, aunque pareciese distraída jugueteando con los cabellos negros de la criatura que la acompañaba y que frisaría entre los nueve y los diez. Otro sentimiento, á más del amor, unía á los dos seres aquellos, comunicando la misma inquietud á sus movimientos y á sus ideas. Quizás no existe lazo tan poderoso como el que ata la miseria. Era, la del extranjero, una de esas cabezas abundantes en cabellos largos, como los que caracterizan las figuras severas, que el pincel de los Carraches ha reproducido frecuentemente. Estos cabellos tan negros estaban mezclados con otros cuya blancura em-

pezaba á dominar. Desfiguraban el tono duro de su rostro las facciones nobles y arrogantes, y contra lo que indicaban sus fuerzas y su talle erguido, parecía tener más de sesenta años. Vefase, por lo destrozado y raro de sus ropas, que venía de país extranjero. Aunque el rostro marchito de la mujer, que había sido hermosa, mostrábase profundamente triste, procuraba, no obstante, estar risueña cuando le miraba su marido, fingiendo estar tranquila. La pequeña continuaba derecha, en pie, á pesar de las señales de fatiga que no podían disimular los tiernos rasgos de su rostro tostado por el sol. Su aire distinguido descubría el tipo italiano, y ornaban sus ojos negros y grandes unas cejas muy arqueadas. Había en su expresión no sé qué gracia natural. Muchos de los que pasaban se conmovían contemplando este grupo que no ocultaba la desesperación de su alma; pero el motivo de la oficiosidad voluble que distingue á los parisienses desaparecía luego, porque en cuanto el desconocido observaba aquel examen de los curiosos, medfales con mirada tan severa, que el más intrépido y despreocupado apresuraba el paso como si se sintiera mordido por una víbora. Venciendo su indecisión, pasándose una mano por la frente, que la pesadumbre de las meditaciones pobló de arrugas, tomó un partido desesperado; envolvió en penetrante mirada á su mujer y á su hija, sacó de su chaqueta un puñal, entregándolo á su compañera, y le dijo en italiano:

—Voy á ver si se acuerdan de nosotros los Bonaparte.

Y se adelantó con paso lento y seguro en dirección al palacio, donde le detuvo un centinela de la guardia consular con quien no pudo discutir sino brevemente. Pero como el desconocido no cedía en su obstinación, amenazóle con su bayoneta á modo de ultimátum, y suerte que en aquel momento relevaban los puestos, y que el cabo le indicó con mucha cortesía dónde estaba el jefe.

—Diga usted á Bonaparte que le quiere hablar Bartolomeo di Piombo—dijo al capitán de servicio.

El oficial repuso que no se llegaba hasta el primer cónsul sin solicitar previamente audiencia por escrito, y el extranjero insistió en que le anunciaran. Todavía se excusó el otro con la consigna, y se formalizó, por fin, negándose á complacerle. Bartolomeo frunció el ceño, miró con terrible expresión al jefe de la guardia, como si quisiera hacerle responsable de las desgracias que su negativa podía acarrearle,

guardó silencio, cruzando con rabia los brazos sobre el pecho, y fué á apostarse bajo el pórtico que pone en comunicación el patio con los jardines de las Tullerías. Los que desean ardientemente salirse con la suya no dejan de ser favorecidos por la casualidad. No había hecho más que sentarse Piombo en el guardacantón, cuando se detuvo cerca de allí un carruaje de que se apeó Luciano Bonaparte, ministro del Interior entonces.

—¡Ah! ¡Luciano! ¡qué dicha encontrarte!—dijo el extranjero.

Y estas palabras, pronunciadas en patois corso, detuvieron á Luciano cuando iba á internarse en la bóveda, haciéndole fijarse en su compatriota, á quien reconoció. Bastóle á Bartolomeo una frase dicha al oído, para conseguir la entrada. Murat, Lannes, Rapp se hallaban en el despacho del primer cónsul, y estos personajes suspendieron la conversación viendo que acompañaba á Luciano figura tan rara como la de Piombo. Luciano condujo á Napoleón al pie de la ventana, y después de haber cruzado breves expresiones, el gran hombre hizo un gesto expresivo que interpretaron Murat y Lannes, retirándose. Rapp se hizo el distraído; pero Bonaparte le interpeló con energía, y el ayudante salió ceñudo. Siguióle el primer cónsul, por haber oído sus pasos en la antecámara, y le descubrió casi pegado á la pared que separaba el gabinete del salón.

—¿Te empeñas en no entender?—dijo Napoleón.—Necesito estar solo con mi compatriota.

—¡Un corso!—replicó el edecán.—Desconfío mucho de tales gentes, para no...

Sonrió el primer cónsul, golpeando familiarmente al fiel oficial en las espaldas.

—¿Qué te trae por aquí, pobre Bartolomeo?—dijo, entrando de nuevo en la estancia á Piombo.

—Vengo á pedirte asilo y protección, y, si eres verdadero corso, no me rechazarás—contestó con brusca entonación el interpelado.

—¿Y qué vientos han podido arrojarte de tu país? Eras allí el más rico, el más...

—He matado á todos los Porta—añadió el corso frunciendo las cejas con excesiva gravedad.

Napoleón, sorprendido, no pudo evitar una mueca expresiva de asombro.

—¿Vas á venderme? — preguntó Bartolomeo mirando sombríamente á Bonaparte. —¿Ignoras que aún quedan cuatro Piombos en Córcega?

Luciano sacudió con violencia á su compatriota por un brazo.

—¿Acaso vienes á amenazar al salvador de Francia?—le dijo en tono duro.

Bonaparte hizo una señal á su hermano, y éste se calló. Después preguntó á Piombo:

—¿Por qué has muerto á los Porta?

—Éramos ya amigos, porque los Barbanti nos habían reconciliado. Al día siguiente de brindar, ahogando en vino nuestras querellas, fuí á Bastia, donde me llamaban mis asuntos. Quedáronse ellos en mi casa é incendiaron mis viñas de Longone. Después mataron á mi hijo Gregorio, y mi hija Ginebra y mi mujer salváronse, porque las protegió la Virgen; habían comulgado por la mañana. A mi regreso no encontré ya mi casa, buscándola inútilmente y caminando entre sus cenizas. De pronto tropecé con Gregorio, cuyo cuerpo reconocí á la luz de la luna. «¡Hola! reflexioné, los Porta han dado el golpe.» Y en seguida me trasladé á los *maquis*, reuniendo á varios hombres que me debían favor; jayes, Bonaparte? Marchamos en seguida á los campos de los Porta; llegamos á las cinco, y á las siete de la mañana habían comparecido todos á la presencia de Dios. Giacomo asegura que Elisa Vanni ha salvado al pequeño Luigi; pero yo lo até, estoy seguro, á su cama antes de incendiar la casa. He salido de la isla con mi mujer y con mi hija, sin que me fuese posible cerciorarme de si Luigi Porta vivía ó no vivía.

Miraba Bonaparte ansiosamente á Bartolomeo, pero sin que le admirara el caso.

—¿Cuántos eran?—preguntó Luciano.

—Siete, y los siete os han perseguido en otro tiempo.

Esta acusación no despertó en ninguno de los dos hermanos la más leve señal de odio.

—¡Oh, no sois ya corsos! — exclamó Bartolomeo con desesperada frase.—Adiós. Yo os he protegido antes de ahora; sin mi amparo, tu madre no habría llegado á Marsella —dijo, dirigiéndose al primer cónsul, que escuchaba pensativo y con el codo apoyado en la campana de la chimenea.

—No puedo en conciencia—respondió Napoleón—prote-

gerle, Piombo. Soy el jefe de una gran nación, dirijo la república y debo procurar que las leyes sean respetadas.

—¡Ah! ¡ah! —suspiró Bartolomeo.

—Pero puedo hacer la vista gorda. El fanatismo que inspira la *vendetta* retrasará por mucho tiempo el imperio de la ley en Córcega—añadió Bonaparte como hablando consigo mismo.—Y es necesario destruir esa preocupación á toda costa.

Permaneció luego mudo, y Luciano encargó á Piombo que guardase silencio. Pero el corso movía la cabeza á un lado y á otro con aire rebelde.

—Quédate aquí—siguió diciendo el cónsul.—Ignoramos lo ocurrido. Mandaré comprar tus propiedades para que puedas mantenerte; y luego, más tarde, se pensará en tu destino. Pero basta ya de *vendetta*. Por acá no tenemos *maquis*, y si empleas otra vez tu puñal no esperes misericordia. La ley protege á todos los ciudadanos, y nadie se toma la justicia por su mano.

—Es jefe de un país muy singular—replicó Bartolomeo estrechando la mano á Luciano Bonaparte.—Pero me amparáis en la desgracia y esta deuda será respetada hasta la muerte; podéis disponer de todos los Piombo.

Borráronse las arrugas en su frente y miró en torno suyo altamente satisfecho.

—No estáis mal aquí—observó, como si quisiera acomodarse en el palacio y sonriendo.—Tu vestido rojo se parece al de un cardenal.

—En ti está que subas tan alto y que poseas uno de los palacios de París—repuso Bonaparte mirando de pies á cabeza á su compatriota.—En más de una ocasión tendré que buscar alrededor mío un amigo fiel y devoto á quien pueda confiarme.

Escapóse de los dilatados pulmones de Piombo un suspiro de alegría, y tendió su mano al primer cónsul, diciéndole:

—Aun queda algo del corso en ti.

Sonrió Bonaparte, contemplando á aquel hombre que le traía un soplo de su patria, de aquella isla donde tan milagrosamente escapó al odio del *partido inglés*, y que no volvería á visitar en el resto de su vida. Hizo un signo de inteligencia á su hermano y éste acompañó á Bartolomeo di Piombo. Preguntó Luciano con interés cuál era la situación económica de aquel que en otros tiempos protegió á la fami-

lia, y Piombo le señaló desde una ventana el grupo que formaban su mujer y Ginebra, sentadas sobre un montón de piedras.

—Hemos llegado de Fontainebleau á pie y carecemos de blanca—repuso.

Luciano entregó el bolsillo á su compatriota, recomendándole que le buscara al día siguiente, en que trataría de asegurar la suerte de la familia. Todos los bienes que poseía en Córcega Piombo eran insuficientes para que vivieran mucho tiempo honrosamente en París.

Transcurrieron quince años desde este suceso.

Ocurrió al cabo de ellos la aventura siguiente, que hubiera sido menos comprensible sin lo que acabamos de narrar.

Uno de nuestros artistas más distinguidos, Servín, fué el primero en abrir su taller á las jóvenes para que les sirviera de estudio, dándoles lecciones de pintura. En los cuarenta frisaba, y vivía completamente consagrado al arte. Se había casado por amor con la hija de un general pobre, y sus costumbres eran irreprochables. Así ocurrió que al principio acompañaban las madres á sus hijas y que acabaron por entregarlas al profesor cuando, enteradas de sus principios, pudieron apreciar el cuidado que ponía en ganar su confianza. Tenía propósito hecho el artista de no aceptar más discípulas que aquellas señoritas pertenecientes á familias ricas ó de representación, para que no se le hicieran cargos acerca del régimen de su taller; negábase á entrar en tratos con ciertas jóvenes que necesitaban especiales conocimientos imprescindibles para quien desea ser artista de renombre. Poco á poco, la prudencia, la superioridad de su enseñanza para descubrir á sus ipiciados los secretos del arte, la certidumbre que tenían los padres de que sus hijas no alternaban sino con gentes bien educadas, y sobre todo la garantía que daban el carácter, los hábitos y el matrimonio del artista, valiéronle excelente reputación en todos los salones. Lo mismo era que cualquier dama buscara consejo sobre los deseos de una hija suya, inclinada al dibujo, que decirle: «Envíela usted á casa de Servín.» Para las aptitudes femeninas llegó á ser este maestro una especialidad, como Herbault para los sombreros, para las modas Leroy y Chevet para los comestibles. Era ya indudable que cualquier señorita instruída por Servín podía juzgar en última instancia los cuadros del Museo, hacer de mano maestra un retrato, copiar

una tela y pintar su cuadro original. El artista complacía así á la aristocracia. No obstante sus relaciones con las mejores casas de París, era independiente y patriota, y usaba con todo el mundo el trato ligero, avisado y algunas veces irónico y la libertad de juicio que distingue á los pintores. Notábase la escrupulosidad de sus precauciones hasta en el arreglo del local donde estudiaban sus aprendizas. La entrada de la buhardilla, que se levantaba sobre sus habitaciones, condenóla. Para llegar á semejante retiro, tan sagrado como puede serlo cualquier harén, era preciso subir por una escalera practicada en el interior de su casa. El taller, que ocupaba todo el alero, presentaba las desmesuradas proporciones que sorprenden siempre á los curiosos, ajenos de hallarse, á sesenta pies de altura, con otra cosa que con el tejado. Formaba algo así como una galería iluminada profusamente por inmensas vidrieras, en que se habían colgado grandes telas verdes con que los pintores acomodan y templan la luz. Gran número de caricaturas, de cabezas de estudio en colores ó grabadas, venían á probar, expuestas sobre los muros pintados de gris obscuro, salvo la diferencia de expresión, que el espíritu de las muchachas es tan revuelto como el de los hombres. Una estufa pequeña con sus grandes tubos, que describían horribles ángulos antes de llegar al techo, constituían el adorno irremplazable de este taller. Rodeaba las paredes una plancha con modelos de yeso que yacían confusamente colocados y la mayor parte recubiertos de blanca capa de polvo. Dominando este radio, aquí y acullá, ó bien la cabeza de Niobé, colgada de un clavo, mostraba su mueca dolorosa, ó bien sonreía Venus; ya se ofrecía de improviso una mano como si fuese la del pobre que pide limosna, ya algunos cuerpos desollados, que el humo había puesto amarillos, parecían miembros arrancados la víspera de los féretros; en fin, cuadros, dibujos, maniqués, marcos desprovistos de telas y telas sin marcos, daban á esta pieza irregular la fisonomía propia de un taller, que se distingue por la notable mezcla de adorno y desnudez, de miseria y de riqueza, de cuidado y de incuria. Este buque inconmensurable, donde todo, hasta el hombre, resulta pequeño, transciende á tramoya de bastidores de la Opera; allí se encuentran lienzos estropeados, armaduras doradas, jirones de tela, máquinas varias; pero se descubre en todo, como en el pensamiento, no sé qué grandeza: el genio que fecunda y la muerte que apaga; Diana

ó Apolo cerca de un cráneo ó de un esqueleto; la belleza y el desorden; la poesía imaginada y la realidad vívida, y los colores más vivos adivinados en la penumbra. ¡Toda una representación de lo que es el cerebro de artista!

Iluminaba el sol radiante de julio el taller en el punto y hora en que comienza esta narración, y lo enriquecían sus rayos, trazando anchas estelas de oro como franjas de polvo brillante. Levantaban sus puntas agudas, parecidas á los mástiles de buques anclados en el puerto, unos doce caballetes, y animaban la escena distintas jóvenes, dando mayor variedad al conjunto con la diversa agrupación de fisonomías y de actitudes y la heterogénea mezcla de vestidos. La sombra pronunciada que proyectaban las sargas verdes, dispuestas en armonía con la posición de los caballetes, producían tal contraste, que era de admirar el efecto del claro-oscuro. Era este grupo el más hermoso del taller. Destacábase de todas las jóvenes cierta rubia, que vestía con sencillez y trabajaba ardentemente, apartada de sus compañeras, como si se previniera contra la desgracia. Ninguna la miraba ni le dirigía la palabra. Era la más linda, la más modesta y la más pobre. Dos grupos principales, separados por débil distancia, indicaban que existían dos tendencias en que el espíritu de asociación era distinto, cuando debieran olvidarse en el taller las clases y las divisiones de fortuna. Sentadas ó de pie, rodeadas de cajas de colores, jugando con sus pinceles ó preparándolos, manejando las brillantes paletas, pintando, charlando, riendo, cantando, dejando en completa libertad los impulsos de su carácter, formaban aquellas señoritas un espectáculo desconocido para los hombres: ésta, soberbia, altiva, caprichosa, de cabellos negros, de lindas manos, dejaba vagar sin fijeza sus miradas; aquella, indolente, alegre, con la sonrisa en los labios, castaños los cabellos, las manos blancas y delicadas, virgen francesa, ligera, sencilla, vivía sin preocupaciones; la otra, soñadora, melancólica, pálida, inclinaba la cabeza como la flor que se inclina sobre su tallo; y la próxima, por el contrario, recia, perezosa, de hábitos musulmanes, rasgada la pupila, negro el ojo y húmedo, hablaba poco, pero pensaba mucho y contemplaba á hurtadillas el busto de Antinoo. En medio de ellas, como el gracioso de una pieza española, rica de ingenio, chistosísima, espiándolas á todas de una sola ojeada, una joven hacíalas reír constantemente y movía sin descanso su avispada y linda figura; dirigía

al primer grupo en que se hallaban reunidas las hijas de banqueros, de notarios y de comerciantes; todas eran ricas, pero tenían que sufrir los desdenes, no por imperceptibles, menos punzantes, que les prodigaban las demás jóvenes; éstas pertenecían á la aristocracia y gobernábanlas la hija de un ujier de la cámara real, criatura tan necia como vana, menudilla, y orgullosa de tener al padre con *cargo en la corte*; fingía siempre haber comprendido, á las primeras de cambio, las explicaciones del profesor, y parecía que debían dársele las gracias porque se dignaba trabajar; servíase del lente; veíase muy emperejilada, llegaba tarde y suplicaba á sus compañeras que hablasen en voz baja. En este segundo grupo había talles deliciosos, bustos distinguidos, pero faltaba ingenuidad en las miradas. Si sus modales eran elegantes y graciosos sus movimientos, faltaba, en cambio, algo de franqueza á sus actitudes, y se adivinaba fácilmente que pertenecían todas aquellas figuras á un mundo donde las formas pulen prematuramente los caracteres y el abuso de los placeres y las fiestas mata los sentimientos y facilita el desarrollo del egoísmo. Cuando no faltaba nadie en la clase, distinguíanse en el número de estas jóvenes algunas cabezas infantiles, vírgenes de maravillosa pureza, caras en que las bocas ligeramente entreabiertas dejaban ver los dientes vírgenes y en que vagaba una sonrisa de virgen también. No se parecía entonces el taller á un serrallo, sino á un grupo de ángeles sentados sobre una nube en el cielo.

Era ya cerca de mediodía, y Servín no se había presentado aún. Iban no pocos días en que, encerrado en otro taller la mayor parte del tiempo, daba la última mano á un cuadro que pintaba para la exposición. La señorita Amelia Thirión, jefe del partido aristócrata de esta asamblea en miniatura, se puso á hablar reservadamente con su inmediata, y con este motivo reinó entre las patricias grave silencio; el partido de la banca enmudeció también, tratando de inquirir el objeto de tan inusitada conferencia; no tardó en averiguarse el secreto de la trama. Levantóse Amelia, cogió un caballete colocado á corta distancia y lo trasladó á sitio apartado del grupo de las nobles, cerca de un tabique, toscamente levantado para separar el estudio de un cuarto obscuro donde se amontonaban los yesos inútiles, las telas rechazadas por el profesor y las provisiones de leña para el invierno. La osadía de Amelia levantó un murmullo de sor-

presa, pero sin que le impidiese acabar aquel acto de trastorno y desarreglo arrastrando hacia el caballete la caja de colores y el asiento, todo, en una palabra, incluso el cuadro de Prudhon que venía copiando la discípula ausente. Concluido este golpe de estado, la derecha reanudó en silencio su tarea, pero no así la izquierda, que dió pábulo á la murmuración.

—¿Qué dirá la señorita Piombo?—preguntó una joven á Matilde Roguín, oráculo malicioso del primer grupo.

—No es de las que gastan el tiempo en palabras—repuso ésta,—pero ni dentro de cincuenta años habrá olvidado la injuria, que mantendrá entonces tan fresca como si se le hubiese inferido la vispera: sabrá vengarse cruelmente. Es persona con quien Dios me libre de tener cuestiones.

—La expulsión es tanto más injusta—dijo otra—cuanto que anteaer mismo la señorita Ginebra se hallaba muy triste; su padre, á lo que se dice, acaba de dimitir, y esta burla cae sobre su infortunio, precisamente cuando no ha podido ser más amable para sus compañeras durante los Cien Días. ¿Les dirigió en esa época una sola palabra que pudiese mortificarlas? Todo lo contrario; procuraba no hablar de los asuntos políticos. Pero, según parece, son más poderosos los celos en nuestras *ultras*, que el espíritu de partido.

—Me dan ganas de coger el caballete de la Piombo y colocarlo al lado del mío—añadió Matilde Roguín.

Levantóse, y después de reflexionar, volvió á sentarse, diciendo:

—Dado el carácter de la señorita Ginebra, imposible atinar si tomará á bien nuestra cortesanía; esperemos.

—*Eccola*—murmuró suavemente la joven de los ojos negros.

En efecto; ofase arriba ya el rumor de pasos por la escalera. Corrió de boca en boca esta frase: «¡Ahí está!» y se estableció el silencio más profundo.

Para que se comprenda la importancia del destierro que imponía Amelia Thirión, es necesario añadir que la escena se desarrollaba hacia lo último de julio de 1815. La segunda restauración de los Borbones acababa de dar al traste con no pocas amistades que resistieron á la primera. Casi todas las familias, divididas en ideas, renovaban el deplorable espectáculo que cae como una mancha en la historia de todos los países cuando atraviesan por períodos revolucionarios,

de guerra civil ó religiosa. Los niños, las muchachas jóvenes, los viejos, sentían la misma fiebre monárquica que amenazaba al gobierno. La discordia entraba por todas las puertas y la desconfianza recargaba de sombríos colores, no sólo los actos, sino hasta los coloquios más íntimos. Amaba Ginebra Piombo al emperador con idolatría; ¿cómo aborrecerlo? Era su compatriota, y además el protector de su padre. El barón de Piombo era de los que más podían vanagloriarse en haber preparado el regreso de la isla de Elba. Incapaz de hacer traición á su fe política, orgulloso en confesarla públicamente, continuaba en París rodeado de enemigos. Ginebra se hallaba, pues, en la lista de los sospechosos, tanto más cuanto que no ocultaba la pesadumbre de su familia por el cambio de régimen. Las lágrimas amargas que pudo derramar en su vida arrancóselas á sus ojos el saber que se hallaba prisionero Bonaparte en el *Bellérophon* y detenido Labedoyere.

Perteneían las señoritas que formaban el grupo de la nobleza á las familias realistas más exaltadas de París. Fuera difícil dar idea aproximada de las aberraciones de esta época y del terror que los bonapartistas inspiraban. Por insignificante y nimia que parezca hoy la acción de Amelia, era símbolo entonces de un odio muy natural. Ocupaba Ginebra Piombo el sitio de que querían arrojarla desde el día en que se hubo presentado en el taller; había ido rodeándola insensiblemente el grupo aristócrata; y separarla de allí, no sólo constituía hasta cierto punto una injuria, sino darle fuerte disgusto, pues los artistas miran siempre con cierta predilección el punto donde acostumbran á trabajar. La animadversión política era acaso lo que menos impulsaba á esta *pequeña derecha* del taller. La Piombo, considerada como la más notable de las discípulas de Servín, inspiraba celos temibles; el profesor no disimulaba su admiración al talento y al carácter de la predilecta, á quien citaba siempre como modelo para dar ejemplo; y para colmo, sin que se explicara el ascendiente que la joven ejercía sobre cuanto la rodeaba, gozaba allí de un prestigio, muy parecido al que daba á Bonaparte tanta preponderancia sobre sus soldados. Había resuelto la aristocracia del estudio la caída de tal reina; pero como nadie se atrevía á alejarse de la bonapartista, la señorita Thirión acababa de intentar el golpe de mano decisivo, para que sus compañeras pasasen por cómplices de su odio. Había

dos ó tres, del partido contrario, que amaban sinceramente á Ginebra, reprendidas casi todas acremente por la férula paternal para que no tomasen parte en las divisiones políticas; pero con el tacto peculiar á las mujeres, creyeron oportuno quedar alejadas de la cuestión. Profundo silencio, por tanto, como hemos dicho, acogió la llegada de Ginebra, que era entre todas la más linda, la mayor y la más favorecida por la naturaleza. En su apostura, al andar, había algo de noble y gracioso que inspiraba respeto. Su actitud inteligente deslumbraba como los rayos del sol, hasta tal punto respiraba la viveza peculiar á los corsos, que no está reñida, sin embargo, con los temperamentos de calma. En sus largos cabellos, en sus ojos y en sus pestañas descubriase la pasión. No importaba que fuera suave la comisura de sus labios y éstos algo gruesos, para que dibujaran la expresión de bondad que da á los fuertes la conciencia de su valer. Por no sé qué singular capricho chocaba con el encanto de su rostro la frente marmórea, donde se descubría el orgullo casi salvaje que respiran las costumbres de Córcega. Era, por supuesto, el único lazo que la unía á su país natal; porque en el resto de su persona, la sencillez, el descuido de sus gracias lombardas, sugestionaban hasta tal punto, que era preciso no tenerla delante para atreverse á martirizarla. Inspiraba tal atractivo y tan fuerte, que, por precaución, no la permitía ir sola al taller su padre. El defecto único de esta criatura verdaderamente ideal estaba en el propio poder de su belleza exuberante. Había rechazado toda proposición de matrimonio, por amor á sus padres, comprendiendo que la necesitaban para consolar su vejez. Su pasión por la pintura reemplazaba en su espíritu los afectos que conturban ordinariamente el alma de las mujeres.

—Están ustedes muy calladas hoy, señoritas—dijo dando dos ó tres pasos por la sala.—Felices, Laurilla.

El saludo era dulce y cariñoso. Acercóse á la joven que pintaba lejos de las demás, y añadió:

—Esa cabeza está muy bien. Las carnes son algo rosadas, pero todo está dibujado maravillosamente.

Levantó Laura la cabeza y miró enternecida á Ginebra; dilatóseles el pecho al soplo de una simpatía mutua. Animaron los labios de la italiana imperceptible sonrisa, y soñadora, mirando al descuido los dibujos ó las telas, se dirigió lentamente hacia su puesto, dando los buenos días á cada

una de las muchachas del primer grupo y sin fijarse en la insólita curiosidad que despertaba su presencia. Dijérase que andaba como una reina entre su corte. No paró mientes en el profundo silencio que guardaban las patricias, y pasó por sus posiciones sin pronunciar palabra. Tal era su preocupación, que se colocó delante del caballete, abrió la caja de colores, echó mano de sus brochas, colocóse sus mangas negras, ciñóse el delantal, dispuso el cuadro y examinó su paleta, y todo ello sin pensar, por decirlo así, en lo que hacía. En el círculo de las plebeyas no había mirada que no cayese sobre la joven, y si las del campo Thirión no probaban con igual intensidad su impaciencia, puede afirmarse que, cuando menos, no cedían en su actitud curiosa.

—No lo ha notado—dijo la señorita Roguín.

Salió en aquel punto Ginebra de su abstracción y volvió la cabeza hacia el grupo aristocrático. Midió de una ojeada la distancia que le separaba de él, y permaneció muda.

—No cree que hayan querido insultarla—observó Matilde;—no se le ha visto palidecer, no se sonroja. Buen chasco para esas señoritas, si se encuentra mejor en el sitio á que la han llevado.—Y levantando la voz, agregó:—Está usted fuera de línea, señorita.

Fingió no haber oído la italiana, ó, en efecto, no entendió la advertencia; levantóse bruscamente, paseó despacio á lo largo del tabique que separaba el cuarto obscuro del taller, hizo como si examinara el marco de las vidrieras por donde se colaba la luz, y esto con tal pausa y dando tanta importancia á sus observaciones, que se subió á una silla para levantar algo más el portier verde que interceptaba el resplandor del día. Cuando estuvo así subida, empujóse á una abertura estrecha que se había practicado en la pared, y que justificaba todos sus esfuerzos, pues la mirada con que observó lo que había dentro sólo era comparable á la de un avaro que diese con los tesoros de Aladino; bajóse apresuradamente, y volviendo á su sitio, dispuso el cuadro, aparentó que le disgustaba la luz, aproximó una mesa al tabique de que se habla, y colocando encima otra silla, trepó con agilidad por aquel improvisado andamiaje mirando á través de la rendija nuevamente. Bastóle una mirada al gabinete, iluminado entonces por una vergonzosa claraboya entreabierta, y lo que vió prodújole emoción tan viva, que hubo de estremecerse.

—Va usted á caerse, señorita Ginebra—gritó Laura.

Volviéronse todas hacia la imprudente que se bamboleaba ya. El temor de que se acercasen sus compañeras infundióle ánimos, haciéndole recobrar sus fuerzas y el equilibrio. Columpiándose sobre su silla, contestó, volviéndose hacia Laura y con acento conmovido: «¡Bah! es esto todavía algo más sólido que un trono.» Y apresuróse á arrancar la sarga: bajándose de su atalaya, apartó bastante lejos de la pared la silla y la mesa, dirigióse otra vez hacia el caballete y simuló algunas tentativas como si continuara buscando la luz que pudiera convenirle. Su cuadro no le preocupaba gran cosa, pues su propósito era estar todo lo más cerca posible de aquel retiro; obligóle esto á colocarse al lado de la puerta. Después se puso á preparar su paleta, sin romper el silencio, y desde allí oyó bien pronto y más distintamente el ligero rumor que excitara en tan alto grado su curiosidad la vispera, haciendo que su imaginación soñadora volase por el vasto campo de las conjeturas. Reconoció fácilmente la respiración recia y regular del hombre dormido á quien acababa de ver. De sobra quedó satisfecho su afán de descubrir el secreto, pero también contrajo enorme responsabilidad. No le cabía duda: había visto el águila imperial y la figura de uno de la guardia que descansaba sobre un catre de tijera, apenas iluminado: Servín ocultaba allí á un proscrito. Temiendo que cualquier compañera se acercase á examinar el cuadro y oyese la respiración de aquel pobre, ó una de sus aspiraciones tan fuertes como la que había llegado á sus oídos el día antes, decidió continuar pegada á la puerta, confiando en arrostrar con su destreza los azares de la suerte.

—Vale más que no me mueva, para evitar cualquier incidente; no está bien que deje al pobre prisionero expuesto á la más leve indiscreción.

Esto explicaba por qué había mirado con aparente indiferencia el desarreglo de sus útiles de trabajo. No dejó de admirarle aquel injustificable cambio de sitio; pero al pronto fué más poderosa la curiosidad que le atormentaba desde el día anterior: ahora preocupábale en alto grado los motivos de tan raro trastorno. Nada hay que mortifique más á una muchacha—verdad es que esto le ocurre á todo el mundo—que la burla, el insulto, el verse cortadas en la palabra por consecuencia del desaire con que desdeñosamente se

hiere á la víctima. Parece que el odio reconcentrado contra el enemigo aumenta á medida que él se eleva sobre los demás. La conducta de Ginebra fué puro enigma para sus discípulas. Y les sorprendió, á las que le eran afectas y á las rivales, el hecho, tanto más cuanto que se le reconocían todas las cualidades posibles, menos el perdón de las injurias. Aunque rara vez se presentaba ocasión de que este vicio de raza se manifestase claro en la vida del taller, los ejemplos que pudo dar Ginebra de su instinto de venganza y de la firmeza de carácter, habían producido honda impresión en el espíritu de sus compañeras. Agotadas las suposiciones, la señorita Roguín acabó por reconocer en su prudente silencio una grandeza de alma superior á todo encomio. Inspiró á las de su círculo el proyecto de humillar á la aristocracia del taller, cosa que consiguieron arrojando una lluvia de dicerios que abatió el orgullo de la derecha. La llegada de la señora Servín puso término á esta lucha del amor propio herido. Con la astucia propia de los espíritus burlones, había observado Amelia, analizándola y comentándola, la estupenda preocupación que impedía á Ginebra mezclarse en la disputa entre agria y cortés de que era origen. La venganza que la señorita Roguín y sus compañeras tomaron en la Thirión y su grupo, produjo entonces el fatal efecto de que las *ultras* buscasen el por qué permanecía silenciosa Ginebra di Piombo. Fué la bella italiana blanco de todas las miradas, y fué espiada por unas y otras. Es difícil ocultar la emoción más leve, el sentimiento más recatado á quince jóvenes curiosas, desocupadas, cuyo ingenio malicioso y sutil busca perennemente secretos que descifrar, intrigas que urdir ó sorprender, y que sabe dar con diferentes interpretaciones para explicarse los gestos, las miradas, las palabras, descubriendo su verdadera significación. El hallazgo de Ginebra corrió grave peligro de pasar al dominio de las demás. Sólo que la presencia de la señora Servín sirvió á manera de entreacto en el drama que se representaba sordamente en el corazón de todas aquellas jóvenes cuyos sentimientos y cuyas ideas se ponían de manifiesto por medio de fórmulas alegóricas, de malignas ojeadas, de muecas y de pausas mudas, á veces más inteligibles que la palabra misma. En cuanto entró la señora Servín, miró hacia la puerta donde se había apostado Ginebra. La mirada no pasó inadvertida, y si en aquel momento ninguna de las discípulas paró mientes

en ello, recordóla más tarde la señorita Thiri6n, explicándose la desconfianza, el temor y el misterio que prestaron no sé qué brillo de le6n á los ojos de la dama.

—Señoritas, el señor Servín no podrá venir hoy.

Y dicho esto, saludó á cada cual de las doncellas, recibiendo en cambio un tropel de caricias femeniles en que toman parte la voz, las miradas, los gestos. Acerc6se rápidamente á Ginebra dominada de viva inquietud que disimulaba muy mal. Cambiaron un signo amistoso y permanecieron silenciosas, pintando una, la otra mirando pintar. Oíase fácilmente la respiraci6n del soldado, pero la señora Servín no pudo notarla, y su disimulo era tan grande, que estuvo tentada Ginebra de acusarla de sordera voluntaria. Como el desconocido se removiese en su lecho, la Piombo mir6 fijamente á la mujer del pintor, quien le dijo, sin que en su rostro se dibujase la más ligera alteraci6n:

—La copia es tan bella como el original; si tuviera que escoger, habíade verme apurada.

—El maestro no ha revelado á su esposa este misterio— pens6 Ginebra; y después de haber respondido á su interlocutora con una sonrisa dulce, en que se leía su incredulidad, tarare6 una *canzonnetta* de su país para apagar el ruido que pudiera hacer el prisionero.

Era tan insólito oír cantar á la italiana, que no hubo quien no la mirase, sorprendida. Luego sirvi6 de prueba esta circunstancia á las caritativas insinuaciones del odio. La señora Servín se retir6 muy pronto, y la sesi6n acab6 sin que sobrevinieran otros acontecimientos. Ginebra dej6 que se fuesen sus compañeras, como si deseara seguir trabajando; pero descubría, sin saberlo, el afán por quedar sola, pues conforme se preparaban ellas á partir, mirábalas con muestras de impaciencia torpemente encubiertas. La Thiri6n, que en pocas horas se habíade convertido en la enemiga más cruel de la joven que la humillaba en todo, adivin6, con el instinto que afina el aborrecimiento, que la fingida aplicaci6n de su rival ocultaba alg6n misterio. Háblale chocado más de una vez el aire atento con que Ginebra solía escuchar cierto rumor que nadie oía sin embargo. La expresi6n que á última hora pudo sorprender en los ojos de la italiana fué un rayo de luz. Fué la última en marcharse, y baj6 á casa de la señora Servín, con quien convers6 un momento; después dijo que se le habíade olvidado su bolsa, y subi6 sigilosamente al

taller, sorprendiendo á Ginebra encaramada sobre un andamio hecho á toda prisa y tan absorta en la contemplaci6n del recluso, que no oy6 los ligeros pasos de su condiscípula. Es verdad que, según cierta frase de Walter Scott, Amelia caminaba como si pisara huevos; volvi6se á la puerta y tosi6. Estremeci6se Ginebra y volvi6 la vista; colore6sele el rostro viendo á su enemiga y se apresur6 á desatar el portier deseosa de desorientarla; hecho esto, baj6, no sin haber arreglado su caja de colores. Cuando abandon6 el estudio llevaba indeleble en sus recuerdos la imagen de una cabeza varonil, tan graciosa como la de Endymi6n, obra maestra de Girodet, que habíade copiado algunos días antes.

—¿Desterrar á un hombre tan joven! ¿Quién puede ser, no siendo el mariscal Ney?

Estas dos frases encierran la expresi6n más simple de todas las imaginaciones que embargaron el cerebro de Ginebra durante dos días. Al otro, no obstante su diligencia en llegar primero que nadie al taller, encontr6 ya allí á la señorita Thiri6n, quien, para ganarle la mano, habíade ido en coche. La de Piombo y su enemiga se observaron detenidamente; pero supieron hacer á la par impenetrable la máscara de sus rostros. Amelia habíade visto la cabeza deslumbradora del desconocido; pero, feliz y desgraciadamente á un tiempo, no estaban colocados el uniforme ni las águilas en el espacio que la hendidura le habíade permitido distinguir. Su curiosidad se perdi6 en estériles conjeturas. Aquel día Servín se present6 mucho más pronto de lo que tenía por costumbre.

—Señorita Ginebra— dijo después de haber examinado su taller—¿por qué se ha puesto usted en ese sitio? La luz no favorece al dibujo. Aproxímese usted á estas señoritas y baje un poco ese cortinaje.

Después sent6se cerca de Laura, cuya labor merecía sus correcciones más solícitas.

—¿Cómo es eso! Está superiormente trazada esta cabeza. Va usted á salirme una segunda Ginebra.

El maestro fué de caballete en caballete reprendiendo, adulando, chanceándose y haciendo, como siempre, más temibles sus burlas que sus amonestaciones. La italiana no habíade obedecido al profesor y continuaba en su puesto con propósito firme de no apartarse de él. Cogió una hoja de papel y se entretuvo en delinear, á modo de croquis y á la sepia, la cabeza del pobre preso. La obra que se concibe

apasionadamente se distingue siempre por su sello particular. La facultad de imprimir á la copia de la naturaleza ó de los pensamientos colores justos pertenece al genio, y no pocas veces influye en este triunfo la pasión. En las circunstancias en que trabajaba la joven, la intuición que inspiraba su memoria, profundamente herida, ó la necesidad acaso, que es madre de grandes hechos, aguzó su ingenio que parecía ahora sobrehumano. La cabeza del oficial fué marcándose en el papel, no sin que ella sintiese todo su ser trastornado, cosa que atribuía á temor, y en que un hábil fisiólogo reconociera la fiebre de la inspiración. Miraba de cuando en cuando á hurtadillas á fin de que no la sorprendieran indiscretamente y pudiese ocultar con tiempo la aguada. Pero el estar alerta no impidió que dejase de ver cómo, aprovechando un descuido, dirigía su implacable enemiga el lente sobre el misterioso dibujo, protegiéndose con una gran cartera para la maniobra. Reconociendo la figura, levantó la señorita Thirión la cabeza, y Ginebra guardó la hoja de papel.

—¿Por qué continúa usted en este sitio, á pesar de mis órdenes?—preguntó gravemente el profesor á la de Piombo.

La discípula volvió su caballete de manera que nadie pudiese ver la aguada, y dijo con voz conmovida:

—¿No le parece á usted, como á mí, que esta luz es más favorable? ¿No debo quedarme aquí?

Servín palideció. Como nada escapa á los ojos penetrantes del odio, la señorita Thirión participó, por decirlo así, de las emociones que embargaban el espíritu del maestro y la discípula.

—Tiene usted razón. No tardará usted en saber mucho más que yo—contestó Servín con risa forzada.

Hubo una pausa durante la cual contempló el profesor la cabeza del soldado, y la interrumpió á la postre, añadiendo con entusiasmo de artista:

—¡De mano maestra, digno de Salvador Rosa!

Dejaron todas sus asientos, y la señorita Thirión adelantóse con la velocidad del tigre que se abalanza sobre su presa. En aquel punto despertó al proscrito el alboroto que se hacía, y como se removiera, la italiana derribó su taburete, pronunció algunas frases sin sentido y se echó á reír; pero con esta maniobra tuvo tiempo para liar el retrato y meterlo en su cartera antes de que su terrible enemiga

podiera pasar por él sus ojos. Rodearon todas el caballete, y Servín enunció en alta voz las bellezas de la copia que entretenía poco antes á su discípula favorita; valió el engaño, si bien no hizo presa en Amelia, que, colocándose detrás de sus compañeras, intentó abrir la cartera donde había visto guardar la aguada. Ginebra echó mano al cartón y lo puso delante de sí, y esto sin decir palabra. Las dos rivales se contemplaron silenciosamente, pero con aire de reto.

—Vamos, cada cual á su sitio—dijo Servín.—Si quieren ustedes saber tanto como la señorita de Piombo, es necesario hablar menos de modas y de bailes y no enredar tanto.

Acomodadas todas frente á sus caballetes, sentóse Servín cerca de Ginebra.

—¿No es mejor que haya descubierto yo el secreto, y no otra cualquiera?—preguntó Ginebra en voz baja.

—Sí—respondió el maestro.—Es usted patriota, pero aunque no fuese así, á usted habría revelado yo este asunto.

Comprendiéronse ambos. Ginebra no vaciló en preguntar:

—¿Quién es?

—El íntimo de Labedoyere, el que ha contribuído más, después del infortunado coronel, á la reunión del séptimo con los granaderos de la isla de Elba. Era jefe de escuadrón en la guardia, y viene de Waterloo.

—Y ¿por qué no ha quemado usted ya su uniforme, su shako, facilitándole ropa de paisano?—inquirió con interés la moza.

—Me traerán lo necesario esta noche.

—Bueno hubiera sido cerrar el taller durante algunos días.

—Saldrá pronto.

—¿Es que desea morir? Ocúltelo mientras dure el primer momento de la tormenta. El único asilo seguro de Francia, donde puede esconderse á un hombre, es París. ¿Se trata de un amigo?

—No, los únicos títulos de recomendación que para mí tiene están en su desgracia misma. Mire cómo ha venido á mis brazos: mi suegro, que había vuelto al servicio durante esta campaña, ha tropezado con este pobre y le ha sacado con mucha astucia de las garras de los que detuvieron á Labedoyere. ¡Quería salir á su defensa, el insensato!

—¿Y usted le califica así?—exclamó Ginebra mirando sorprendida al pintor, quien no contestó de pronto.

—Mi suegro se ve muy espiado para que pueda recoger á nadie en su casa. A favor de la noche me lo trajo la semana pasada, y me prometía yo ocultarlo á todas las miradas en ese cuarto, que es el único donde con mayor seguridad puede tenersele.

—Si puedo ser útil, avíseme. Conozco al mariscal Feltre.

—Allá veremos.

Duradero fué el palique para que no llamase la atención de las demás. Servín dejó el caballete de Ginebra y pasó por los restantes, entreteniéndose tanto en sus explicaciones, que no había acabado aún cuando sonó la hora en que acostumbraban á retirarse.

—Olvida usted su bolsa, señorita Thiriön—advirtió el profesor á la joven, quien se rebajaba hasta desempeñar el papel de espía para satisfacción de su odio.

La curiosa fingió algo de sorpresa por su aturdimiento, pero la solícita deferencia de Servín le confirmó en las sospechas de que había en todo aquello misterio y de indudable gravedad; había ya calculado cuanto pudiera ser y podía decir como el abate Vertot: *Mi sitio está en regla*. Descendió ruidosamente por la escalera y cerró con furia la puerta que daba á las habitaciones de Servín, con el objeto de que se figuraran que había salido; pero subió despacio otra vez y se puso al acecho detrás de la entrada del estudio. Creyéndose ya solos, el pintor llamó de un modo convenido á la puerta del cuchitril, que no tardó en girar sobre sus goznes chillones y enmohecidos. La italiana sintió que le palpitaba violentamente el corazón viendo aparecer la figura del joven con su uniforme imperial. Era alto y esbelto. Llevaba el brazo en cabestrillo, y su rostro pálido revelaba que sufría mucho. Inmutóse al ver á una desconocida. Amelia no podía descubrir á las personas y temió el peligro de continuar por más tiempo en su espionaje; pero le bastaba haber oído el chirriar de la puerta, y se retiró sigilosamente.

—Nada tema usted—dijo el pintor al oficial;—la señorita es hija del más fiel amigo del emperador, el barón de Piombo.

El militar desechó toda duda acerca del patriotismo de Ginebra.

—¿Está usted herido?—preguntó la joven.

—Poca cosa, señorita, la llaga se cicatriza ya.

Interrumpióles la voz chillona y penetrante de los prego-

neros que decían: «He aquí la sentencia que condena á morir...» Los tres temblaron. Llegó á los oídos del soldado un nombre que le hizo palidecer.

—¡Labedoyere!—dijo desplomándose sobre un asiento.

Contempláronse con muda y dolorosa expresión; brotaron algunas gotas de sudor en la frente lívida del mancebo; desesperadamente mesóse los negros cabellos, y apoyó su codo en el reborde del caballete de Ginebra.

—Después de todo—dijo levantándose con brusco ademán,—tanto Labedoyere como yo sabíamos á lo que nos obligábamos; sabíamos lo que nos esperaba, vencedores ó vencidos. Y él muere por la causa y yo me escondo...

Se dirigió precipitadamente hacia la puerta del taller; pero más ligera que él, adelantóse Ginebra á cerrarle el camino.

—¿Es que con eso se conseguiría restablecer al emperador en su trono?—preguntó.—¿Quiere usted superar en fuerzas á un gigante que no ha sabido sostenerse de pie?

—¿Qué pretenden ustedes de mi destino?—dijo el proscrito dirigiéndose á los protectores que la casualidad le había deparado.—No tengo parientes en el mundo; Labedoyere era mi padrino y mi amigo; estoy solo; mañana se me condenará al destierro ó á la muerte; toda mi fortuna la me constituía el sueldo, y gasté hasta el último escudo por salvar al coronel; necesito acabar de una; y cuando el hombre se decide á morir, es preciso que sepa vender cara su cabeza al verdugo. No hace mucho pensaba que la vida de cualquier hombre honrado bien vale la de dos traidores, y que una puñalada certera puede conducirnos á la inmortalidad.

La desesperación del joven asustó al artista y no dejó menos amedrentada á la misma Ginebra, que comprendió perfectamente sus ideas, á la par que admiraba su hermoso busto y la voz deliciosa que casi no alteraba el acento airado con que emitía sus frases. Compadecida, echó este bálsamo sobre sus llagas.

—Caballero, por lo que toca á los apuros pecuniarios, permítame usted ofrecerle mis economías. Mi padre es rico; soy hija única, y aseguro que no me echará en cara esta conducta; no tenga usted escrúpulo en aceptar: nuestra fortuna procede del emperador y hasta el último céntimo pregona su largueza. ¿No se demuestra agradecimiento favoreciendo á uno de sus fieles soldados? Acepte usted, pues, el

dinero, sin ceremonias, que es como yo lo ofrezco. ¡Vale bien poco este metal!—añadió despreciativamente.—Ahora, en el capítulo de amigos, no han de faltarle á usted—y levantó con expresiva intención la cabeza, y sus ojos brillaron centelleantes.—La cabeza que caerá mañana al golpe de una docena de fusiles salva la suya. Aguarde que pase el huracán y podrá usted ofrecerse al servicio de cualquier pueblo extranjero si no le han olvidado aquí, y en el ejército francés si se pierde su memoria.

Hay siempre en los consuelos de la mujer algo de la dulzura maternal, y son previsores y cabales. Pero si á las frases amorosas y de esperanza, se unen la gracia del gesto y la elocuencia que da el sentimiento, y, sobre todo, si la bienchora es bella, tarea difícil para ningún joven resistir. El coronel respiró amor por todos sus sentidos. Ligero tinte rosáceo matizó sus mejillas blancas; perdieron sus ojos un poco de la melancolía que los empañaban, y dijo con acento entrecortado:

—Es usted un ángel de bondad... Pero ¡Labedoyere! ¡Labedoyere!

Cruzaron los tres una mirada de inteligencia. No eran ya como los amigos de veinte minutos, sino de veinte años.

—Querido—observó Servín—¿puede usted salvarle?

—Le puedo vengar.

Ginebra tembló; realmente el desconocido era guapo, pero su figura no había cautivado á la joven; la suave piedad con que miran las mujeres las penas del prójimo cuando no caen en lo ridículo, despertó en el alma de Ginebra otra clase de afectos; pero oír un grito de venganza, descubrir en el proscrito un alma italiana que sabía sacrificarse por Napoleón, generosa como la de los corsos, era demasiado para su espíritu. Así es que contempló al oficial con emoción respetuosa que le turbaba el ánimo. Era la primera vez que le inspiraba un hombre tan vivo sentimiento. Como hacen todas las mujeres en casos iguales, complacióse en figurarse que estaban en armonía el alma de su interlocutor y la belleza de sus rasgos varoniles con las acabadas proporciones de su cuerpo, que admiraba con ojos de artista. Llevada por la ventura de la curiosidad á la compasión, de la misericordia á un interés profundo, experimentaba, á vueltas de tal interés, sensaciones de índole tan rara, que creyó peligroso prolongar la conferencia.

—Hasta mañana—dijo, regalando al oficial la más dulce de sus sonrisas por vía de consuelo.

Y viendo que iluminaba esa sonrisa como las luces de un nuevo día, la cara de Ginebra lo olvidó todo durante un instante.

—Mañana—respondió tristemente—mañana. ¡Labedoyere! Volvió la cabeza Ginebra, puso un dedo sobre sus labios y le miró, como diciéndole: «Calma; sea usted prudente».

Gritó entonces el mozo: *¡O Dio! ¡che non vorrei vivere dopo averla veduta!* (¡Oh Dios, quién no quiere vivir después de haberla visto!)

El acento con que pronunció estas frases hizo estremecer á Ginebra.

—¿Es usted corso?—exclamó volviendo á su lado y con el corazón palpitándole de alegría.

—He nacido en Córcega, pero fui llevado muy niño á Génova, y tan pronto como estuve en edad de tomar las armas me afilié al ejército.

La belleza de aquel hombre, el atractivo que le daba su fidelidad al emperador, su herida, su infortunio, hasta el peligro en que estaba, todo se fundió en un sentimiento único, nuevo y delicioso. ¡Era el proscrito hijo de Córcega y hablaba la lengua idolatrada! Continuó ella durante largo rato inmóvil, retenida por no sé qué sensación mágica: tenía ante sus ojos un cuadro vivo, en que todos los sentimientos humanos á una, por obra de la casualidad, hacían resaltar sus colores más fuertes: invitado por Servín, el oficial se sentó en un banco, y desatada la venda que mantenía el brazo en cabestrillo, el pintor desasía el aparato para curarle la herida. Ginebra tembló viendo la profunda y ancha llaga hecha por la hoja de un sable en el antebrazo, y no pudo reprimir un grito. El desconocido sonrió levantando la cabeza. Había algo de conmovedor y que llegaba al alma en el cuidado con que Servín arrancaba las hilas y tentaba la carne amoratada, mientras que el rostro del herido, aunque pálido y enfermizo, indicaba más placer que padecimiento. Forzosamente debía admirar todo artista sentimientos tan contrarios y el contraste que ofrecía la blancura de las ropas y la desnudez del brazo con el uniforme azul y rojo del oficial. Era suave la penumbra que se extendía por el taller, y en aquel instante un rayo de sol mortecino fué á iluminar el punto en que se hallaba el huérfano, de manera que su noble

y blanco semblante, sus cabellos negros, su vestido, todo quedó encendido por la última luz del día. Efecto tan simple fué juzgado por la superticiosa italiana como presagio feliz. El desconocido, así puesto, parecióle celeste mensajero que le traía el eco del lenguaje de su patria y el encanto de sus recuerdos infantiles, mientras brotaba en su pecho un sentimiento tan fresco y puro como los que llenaron sus primeros é inocentes pasos por la vida. Hubo una pausa corta durante la cual permaneció ella absorta, entregada á reflexiones profundas. Sonrojóse al cabo de que le descubriesen su preocupación, cambió una mirada dulce y fugaz con el proscrito y huyó llevándose consigo su recuerdo.

No era día de clase el siguiente, pero no faltó por ello Ginebra al taller y pudo estar el prisionero al lado de su compatriota; Servín tenía que terminar un modelo y permitió al joven permanecer allí. Hablaron mucho en su idioma los corsos y contó el pobre soldado sus sufrimientos cuando la derrota de Moscou; hallóse en el paso de la Beresina y fué el único del regimiento que se salvó; contaba entonces diez y nueve años y perdió en sus camaradas á los únicos seres que podían interesarse por el huérfano. Pintó con entonación relampagueante el gran desastre de Waterloo. Sonaba su voz como música en los oídos de la italiana. Educada á lo corso, podía decirse que era la Piombo hasta cierto punto hija de la naturaleza: no estaba acostumbrada á la mentira, y lejos de disimular sus impresiones, las descubría, ó mejor dicho, las dejaba adivinar sin que supiera valerse de la sutil y acomodaticia coquetería que tan bien manejan las jóvenes de París. Permaneció durante aquella entrevista muy á menudo con la paleta en una mano y en la otra el pincel que no se empapaba nunca de colores; fijos los ojos en el oficial y los labios ligeramente entreabiertos, escuchaba y escuchaba, en actitud siempre de dar pinceladas que no caían sobre el lienzo. No le admiraba que hubiera tanta dulzura en los ojos de su interlocutor, pues también los suyos se enternecían contra su empeño en mantenerlos severos y quietos. Después pintó con ahinco, atentamente, durante algunas horas, sin levantar la cabeza, porque estaba él allí, cerquita, mirando cómo trabajaba. La primera vez que fué á sentarse para contemplarla silenciosamente, junto á la moza, díjole ella, rompiendo una pausa larga y con acento conmovido:

—¿Le divierte á usted ver pintar?

Aquel día supo que se llamaba Luigi, y antes de separarse convinieron que, si sobrevenia algún acontecimiento político de importancia, le advertiría Ginebra de lo que fuese, durante la clase, cantando ciertos aires italianos.

Bajo secreto, divulgó á la mañana siguiente entre sus compañeras la señorita Thirión que la Piombo era amada por uno que se colocaba durante las lecciones en el gabinete negro del taller.

—Usted, que sale á su defensa—dijo á la señorita Roguín, —obsérvela y verá cómo y en qué pasa el tiempo.

Ginebra quedó, pues, vigilada con intención diabólica. Prestóse oído á sus canciones, siguiéronse sus miradas. Cuando menos creía ser vista tenía doce ojos fijos en su persona. Sus condiscípulas interpretaron desde aquel punto y hora, dándoles su verdadero sentido, la agitación que se transparentaba en el rostro brillante de la italiana, y sus gorjeos, y el cuidado con que escuchaba algunos ruidos imperceptibles que sólo ella oía á través del tabique. Sólo una de las quince aprendizas de Servín, Laura, había resistido al cabo de una semana contra el deseo de ver á Luis por la tronera de la pared; y aun defendía á la hermosísima corsa, aunque por instinto de flaqueza. La señorita Roguín intentó detenerla en la escalera á la hora de salir para probarle la intimidad de Ginebra con el desconocido; pero rehusó aquel espionaje que no creía justo ni aun tratándose de mujeres curiosas, y se ganó por ello la animadversión general. No tardó la hija del ujier de palacio en considerar imprudente asistir al taller de un pintor cuyas opiniones tenían mácula de patriotismo ó de bonapartismo, lo que en dicha época venía á ser lo propio, y no volvió á vérsela más por casa de Servín. Si Amelia olvidó á Ginebra, el mal que había sembrado dió sus frutos. De un modo insensible, por casualidad, por inclinación á los chismes, ó por prudencia, todas las demás revelaron á sus madres la extraña aventura. Un día dejó de comparecer Matilde Roguín; el de más allá otra, y por último, tres ó cuatro señoritas que continuaban la clase hicieron lo mismo. Ginebra y Laura, su amiga, fueron durante dos ó tres días las únicas que animaron el abandonado estudio. La italiana no advirtió lo que ocurría ni buscó la causa de aquella ausencia. Desde que descubrió el medio de comunicarse con Luis, vivía en el taller como si